

# Derramé sangre familiar

Silvia González

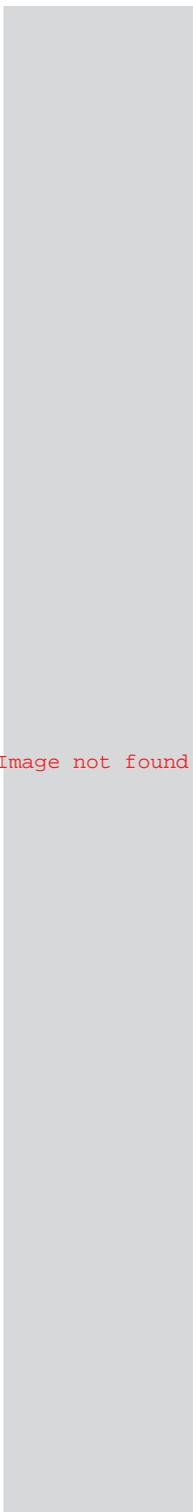


Image not found.

# Capítulo 1

## **Derramé sangre familiar**

(Cuento basado en un hecho real)

Me llamo Mateo Banks, estoy muerto hace tiempo, pero eso es lo de menos, mi relato bien vale la pena hablarlo en presente. Fui condenado por ocho asesinatos. La Historia me registra como el primer multihomicida del país.

Nací en 1872, mis padres eran inmigrantes irlandeses, chacareros, tozudos y trabajadores, que lograron prosperidad en la dadivosa tierra argentina. Tuve seis hermanos, una de ellas regresó a Irlanda y pudo salvarse de la tragedia. Seguí la tradición, el campo en Azul, -pueblo llamado así por el intenso color de las aguas de su río- fue mi tarea y riqueza. Como buen irlandés practiqué concienzudamente mi religión, fui presidente de la Liga Popular Católica, portador orgulloso del palio en las procesiones. Colaboré con cuanta institución educativa o de beneficencia me lo pidió. Representé a la marca de autos Studebaker en la provincia y fui socio del Jockey Club. Mis actividades y fama se afirmaron cuando casé con Martina Gainza, hija de una familia destacada y llegaron al sumun cuando me eligieron vicecónsul de Gran Bretaña. Con estos antecedentes ¿tenía motivos para convertirme en un criminal?

Debo reconocer que el juego era mi pasión y que gastaba atrevidas sumas de dinero con amigos que seguían mis pasos. Aunque pensándolo bien, cuando el dios dinero estruja, no sé dónde va a parar la amistad. Las deudas vuelven a los rostros adustos, a las miradas acreedoras cada vez más furibundas. El placer de las noches con aroma a humo espeso de tabaco, de sabor a coñac y de la impaciencia por la próxima carta, fue tornándose amenazante. Empecé a jugar más que dinero. Resbaladizas firmas apuradas embretaron mis pertenencias y peor todavía, mi prestigio.

La bancarrota era inminente, lo más sensato fue venderles el campo a mis hermanos. Con discreción, con disimulo y con un odio flotante, vendí.

Pagué buena parte de mis deudas. Pero fue injusto, vil, ese campo era mío, legado de los padres, colofón de mis energías y futuro de la familia. Mío. Aposté entonces, a recuperarlo como fuera. Tenía cuarenta y cuatro años. Me sobraban apuros y me faltaron escrúpulos. La mirada suspicaz de Martina o la de mis hijos, ojos azules arruinados por el espanto si se enteraban de la verdad, me empujó a actuar. Si no podía recobrar mis

tierras...las volvería a heredar.

Llegó un momento en que hasta dinero efectivo me faltaba. Intenté vender ganado de mi hermano Dionisio, hasta le falsifiqué la firma, pero el rematador dudó. Lo detuve a tiempo con amenazas, no dijo nada, pero una mancha de deshonestidad empezó a hacerme sombra. Algo en mis entrañas me aguijoneaba para que hiciera algo, antes de estar más cerca del abismo y desbarrancar.

En un viaje a Buenos Aires compré el veneno. Fingí reparaciones en casa, para organizar una cena con mis hermanos y sus familias, en la chacra de Dionisio. A última hora fui a comunicarles que no asistiríamos porque mi esposa no estaba bien. Algo tembleque, entré en la cocina a tomar agua. Volqué el líquido entre los borbotones de la olla, el amarillo espeso se combinó sin problemas con el resto de la salsa. Volví al living, me parecía que todos notaban el frasco en el bolsillo, pero no, me saludaron con la afabilidad de quien mira a un perdedor. Se merecían mi venganza, sin dudas. Los observé uno a uno, por última vez.

Al día siguiente, 18 de abril de 1922, estaban todos vivos. Un olor extraño en la comida les hizo descartar la cena y, lo peor, sospechar de mí. El boticario quedó pasmado por la cuantía del veneno y por la rapidez con que Dionisio lo dejó hablando solo. Junto con Miguel, fueron a denunciarme ante el Juez de Paz. No creo que el magistrado conociera mis juergas, o tal vez sí, pero jamás se apresuraría a citarme o a pensar mal de mí. ¿Molestar al señor Banks por algo tan insólito? "No, no todavía, tenemos que estar muy seguros, mejor dicho, estoy seguro que es una equivocación." Importunarme era también afrentar a la Iglesia y a las decenas de gente bien que yo favorecía. Me regaló así horas de gracia para que continuara mi quehacer justiciero.

Llegué al mediodía a la estancia irónicamente llamada "La buena suerte". Los perros me conocían, pero tal vez olfatearon algún efluvio asesino, porque torearon rabiosos. Salió Dionisio, con aires de increparme, que le duraron poco cuando vio que llevaba el arma. Recuerdo el ruido de su alpargata en la tosquilla del jardín, cuando giró con brusquedad. Murmuró una palabrota, seguro, pero no le entendí, el ruido del disparo lo acaparó todo y le siguió el eco contra la pared de chapa del galpón. Cayó. Cuando se mata un animal, las balas rompen el cuero, el pelo o las plumas. Ahora, de los agujeros del chaleco de Dionisio manaba sangre, sangre Banks. Quizás dudé, pero sólo hasta que se movió o quejó, no lo sé. Disparé de cerca una vez más a su espalda. Un sacudón y la quietud.

Mi sobrina Sara apareció asustada, sus doce años le permitieron entender todo en un santiamén. Huyó para atrás de la casa. Tuve un escalofrío, no pude tirarle. Tampoco podía dejarla, la corrí. El sol le daba de lleno en su cabello rojizo que danzaba detrás de ella por el viento y la carrera. También gritaba, los perros enloquecidos. La desmayé de un culatazo. Por

fin su pelo se quedó quieto. Pensé en tirarla al jagüel, pero no era seguro. Primero en brazos y después al hombro, con el rifle en la mano izquierda, caminé con ella hasta una zanja. Al arrojarla, un vaho mezcla de su perfume acalorado y de tierra seca, pareció acusarme. Su suerte estaba echada, la maté de dos descargas. Dicen que la naturaleza duerme a esa hora de la tarde, y puede ser cierto, porque el silencio que siguió era profundo y hermético a la vez. Estaba en un pequeño mundo paralizado, a sabiendas de que el resto me esperaba y que yo no debía dejarme estar.

Entré a la casa por la puerta de atrás, arrastré un colchón y acosté ahí a mi hermano muerto, medio oculto detrás de la madreselva. Nadie ya, la esposa de Dionisio estaba internada por años en un manicomio. No me animé a mirar nada más. Comí y tomé a lo guarango. Caí rendido, dormí en un sopor de culpa y temeridad. Me despertaron los ladridos, anochecía. Recargué el fusil. Llegó el Juan en el sulky camino al galpón para guardarlo. Por esa época a los peones les decíamos 'el' y el nombre; de su apellido poco sabíamos. Para qué indicarle nada, dos balazos en el pecho lo empujaron sobre un montón de postes, murió, quizás con una mueca de incredulidad que no alcancé a ver. De noche cerrada, subí al carromato y a tientas, regresé a "El Trébol", a la que era, hasta hace poco, mi estancia.

Fui directo a la casa de los peones, me recibió el Claudio, medio molesto por la hora. Le ordené que me acompañara al campo de Dionisio, estaba enfermo y nos necesitaba. Remiso, sabiendo mi mala relación con los hermanos, dijo que iría a caballo. Era urgente, que subiera al sulky rápido. A unos tres kilómetros, dejé caer el rebenque y se lo mandé levantar. Seguramente pensó huir en la oscuridad, pero le disparé antes y en el suelo lo rematé. La luz de la luna que tanto inspira a los poetas, esta vez fue testigo de mis interminables crímenes. Dejé el cuerpo escondido entre unos matorrales. También la luna veía como alguna alimaña devoraba el cadáver del desconfiado Claudio. Tenía sangre en las manos, las notaba pringosas, hediondas. Tal vez en la ropa también, pero no la veía.

Retrocedí hasta "El Trébol". En la tranquera cargué el arma y me aseguré de tener suficientes municiones en el cinturón de cuero, que me regalara papá, allá por mis años mozos. La venganza está por completarse, haría justicia porque sólo recuperaba lo mío, mis bienes, mi buen nombre. Pero no tenía que apurarme, tuve que pensar bien. Vivían allí tres personas grandes: María Ana, mi hermana, Miguel, mi hermano y su esposa Juana. También sus hijas Cecilia de quince años y Anita de cinco. La hora de mi llegada los asustó a todos, pero en medio de la confusión, les hice creer que Dionisio estaba muy mal y convencí a María Ana para que me acompañara. Si pude engañar a medio pueblo con mi stampa de hombre de bien, ¿no iba a engañar a mi familia en un caso de enfermedad?

Eran las once de la noche, mi hermana se abrigó y ya más preocupada por la salud de Dionisio que por mis supuestas ideas del envenenamiento

pasado, subió al sulky. Puse el caballo al trote ligero. Cerca de donde maté a 'el Claudio', me bajé. El griterío de los teros a lo lejos, alguna que otra lechuza y el aullido agorero del zorro, pusieron el marco ideal para un clima de muerte. No encontré excusa para que María Ana descendiera, por eso le disparé desde abajo, a quemarropa. Su gemido agónico acompañó a los ruidos de los animalejos nocturnos, que por un instante se callaron. Acerqué el carro a la cuneta y después de varios tirones arrojé el cuerpo. El sonido apagado al caer entre el pasto, cayó como un golpe a mi conciencia. Ella fue mi compañera de juegos, de chicos fuimos compinches, pero de grande prefirió al hermano que más protección le aseguraba. Seguramente también quedó sangre en el sulky, sangre Banks femenina.

Los perros casi ni torearón en la tercera entrada al campo. Mi cuñada Juana se levantó, recelando de mi presencia otra vez. La vela no iluminaba tanto como para que viera mis manos asesinas. Le dije que Dionisio seguía mal, al cuidado de María Ana, pregunté si podía quedarme a dormir. No pudo negarse, tal vez para no despertar a Miguel y que comenzaran acusaciones y reyertas otra vez. Se alejó por el pasillo, a preparar la habitación. La seguí y le disparé, la vela cayó encendida. Corrí con ella a la habitación de Miguel, que medio enredado en las frazadas trataba de levantarse al oír el bombazo. Murió de un tiro en el cuello, colgando de su cama. Lo enderecé, la sangre Banks, abundante, derramada por el piso y las sábanas celestes. Puse la vela encima de la mesita. La poca luminaria, el cuarto, el cadáver, todo era mortecino, lóbrego. Volví para comprobar que Juana estuviera bien muerta y lo estaba.

La habitación de Cecilia era puro silencio. Con la luz de la luna que entraba por la ventana, divisé tres camas. La de su hermana y la hija del peón, seguro. Creo que mi sobrina más grande no dormía, sólo permanecía acurrucada por el terror, la habitación estaba lejos de la de sus padres, pero el batifondo le llegó igual. Otra vez cabellos rojizos que quedarían quietos para siempre, pero no quise pensar más y la asesiné. El corazón pulsaba dentro de mí como olas gigantescas que parecían inundar todo el cuerpo. Un revoltijo de náusea, dejé el rifle en el suelo. Medio colgando, medio arrastrando, llevé a las otras dos pequeñas adormiladas, confusas y lloriqueando, a una pieza al final del pasillo y las encerré con llave. Ahí sí rompieron en llanto. Ya no había peligro, los grandes estaban todos muertos, ellas dos fueron las únicas sobrevivientes.

Basta. Algo en mi alma se rebeló, me incriminó pidiendo terminar. Tarea concluida, hermanos y sobrinas acabados, la herencia retornará limpia. Mi reputación intacta, con la pena adyacente por tan grandes pérdidas. Peones acallados para siempre, ningún testigo, al contrario, quizás alguien a quien culpar. En el bullicio de mi mente, un atisbo de complacencia por un plan macabro, pero perfecto, que fue liquidando uno por uno, sin

grandes espavientos. A comer, dormir y esperar que aclare.

Soñé que me hundía en algo tibio, primero fue placentero, pero un olor dulzón con resabios de azufre me fueron envolviendo hasta casi ahogarme. Abrí los ojos y me vi rodeado de sangre, sangre Banks, no, no había abierto los ojos, seguía soñando. Una vela, gemidos de agonía, cuerpos que caen, que manchan el piso y el pasto. Sobresalto. Ahora sí estaba despierto, el rifle a mi lado. Con la claridad titubeante del amanecer, comprobé que mis ropas estaban manchadas, malolientes. Me puse a elucubrar una explicación, un relato que fuera creíble, que me salvara, incluso, de ser permitido, por mi conciencia.

Los peones estaban muertos y de ellos sería la culpa. Que me robaron el arma, que estaban cansados de los gritos de Dionisio y Miguel, que odiaban a las patronas por su tacañería, que creían poder encontrar plata guardada en la estancia, que, después, uno traicionó al otro y se asesinaron entre ellos. No, mejor que yo lo maté, en defensa propia y desesperado, al último, al Claudio, cuando ya escapaba, por eso su cuerpo quedó en el camino. Que se llevaba a mi hermana vaya a saber para qué, pero tuvo que matarla antes y que, por eso también, su cadáver estaba ahí nomás, cerca de él. Para redondear, me saqué la bota y con un punzón, le hice un buen agujero en la punta, quedó bien parecido a un tiro de refilón.

Fui a buscar al que fue mi caballo, el Moro, sólo con cuero y cinchón salí a la disparada. En Azul, desperté al médico a los gritos, entre sofocos, como si no pudiera coordinar mi cuento. Se me dio bien hacerme el desquiciado por el horror de lo vivido. El doctor me mandó de inmediato a llamar al comisario, que ya estaba en su puesto a pesar de la hora. Recité la misma invención, ahora con lágrimas, hasta con algún sollozo. Me dejé caer en uno de los sillones destartados de la entrada de la repartición. Quise fingir una especie de vahído, pero lo que en verdad sentí, fue una estocada de miedo. Los ojos del comisario no mostraron ni sorpresa ni mucho menos pena, algo en ellos manifestó una duda, la duda que todo olfato profesional antepone.

Los ladridos de los perros eran más lastimeros que de costumbre, su instinto y olfato de muerte, no los engañaban. El peón descalabrado encima de los troncos, Dionisio atrás de la madre selva, un camino de hormigas aparecía y desaparecía bajo su cuerpo. Llegaron varios policías más y se desperdigaron por la estancia. "Falta la señorita Sara", dijo el médico. "Es cierto," farfullé, "ayer cuando corrí desesperado a buscar a Miguel, no me di cuenta de que no estaba." En el acto comprendí que hablé demás, el comisario se puso tenso. Un oficial llegó corriendo. Había encontrado el cadáver de mi sobrina, lo alertó el vuelo y los chillidos cercanos de unos chimangos. Se ordenó cubrir los restos con mantas y así lo hicieron. Me di cuenta de que el sol y los pájaros cantando, no se

enteraban o no les importaba nada, seguían su rutina.

Por el camino también revoloteaban aves carroñeras, que ya habían atacado los cuerpos de María Ana y el Claudio. Me descomparse de verdad, el pavor fue más grande que mi hipocresía. El doctor parecía enfermo de aprensión, el comisario enigmático y hostil. Seguimos el recorrido, en silencio. Nos alcanzó el Juez de Paz con otros policías que no eran de Azul. La cosa se empezaba a poner fea. Hablaban medio en susurros, pero lo que alcancé a oír fueron palabras cargadas de lamentos.

Igual que sus parientes, los perros de "El Trébol" eran una piltrafa de temor. Quise que los funcionarios entraran solos a la casa. Me llamaron y los tuve que seguir. Miguel, Juana y Cecilia muertos, pero las chiquitas gritaban enloquecidas. Pudieron escapar por la ventana al clarear el día. Vieron los cadáveres y se agazaparon en la cocina, bañadas de pis y lágrimas. Se las llevaron, no supe quién ni adónde. Nada más que hacer, el calor del verano haría lo suyo si no se levantaban pronto los difuntos.

Para cuando llegué a casa, mi familia y el pueblo pululaban enardecidos por la malaventura. No di explicaciones a nadie, a pesar de las insistencias. El miedo a que me descubrieran pareció disolverse en el agua jabonosa de la tina. Ropa negra, limpia, con aroma penetrante de naftalina y muy calurosa para el día que me esperaba. No les doy más detalles, porque son los de siempre. Pericias, investigaciones, que debieron ser rápidas. Ahora ustedes cuentan con otros medios para indagar las muertes trágicas, pero por entonces no era así y se decretó sepultarlos el día 20 de Abril de 1922.

El gentío era impresionante, pero más impresionante era el morbo, los cuchicheos, las falsas palmadas, los falsos abrazos, las preguntas veladas de curiosidad y socarronería malsana. Yo fui el centro de atención, los féretros en medio de velones titilantes. Flores por doquier, coronas de todas las instituciones. Las mantillas daban a las mujeres ese aspecto tétrico con que acompañaban sus lloros. El ambiente era denso, creí ver ojos que me incriminaban, pero la adusta presencia de los superiores del pueblo parecía mostrar lo contrario. El Juez de Paz junto al alcalde y los concejales. Otras autoridades militares, algunas religiosas y yo como eje del dolor. Hijos y esposa un poco más atrás, pero distinguiéndose de la aglomeración. Sé con seguridad que dudaban de mí, pero las apariencias es lo primero que hay que salvar. Interminable misa de cuerpos presentes, así, en plural. El entierro, ataúdes en hombros, el sonido de cientos de pasos sobre las exiguas lozas del campo santo, otro reguero de lágrimas. Los pájaros piando inoportunos entre los cipreses.

Volvimos a casa, yo directo a acostarme. Golpearon a la puerta, mi mujer me llamó horrorizada. El comisario a detenerme, acusado de asesinato. En la comisaría negué toda implicancia. Juré y perjuré que me vi obligado a matar al peón, porque si no me mataba a mí también. De estar vivo,

confirmaría, mediante azotes, todo lo que yo decía. Pero no lo estaba. Era mi palabra contra las pruebas. ¿Pruebas? No, pistas. No coincidían mis idas y venidas de una estancia a la otra, desde las primeras horas de la tarde del 18, hasta el amanecer del 19. Yo que sí, que coincidían. Trajeron mi bota agujereada, no era por un disparo. Un río helado de temblor me corrió por el espinazo, mi sangre parecía circular más densa por la venas.

No esperaba tanto alboroto, los diarios de Azul, de la provincia y de la nación, publicaron a diestra y siniestra cada detalle, cierto o inventado. Ustedes creen que sólo ahora los escándalos venden, pues antes también. Claro que esta no es una batahola más, pero que los periodistas se solazaron en la historia, lo hicieron y a raudales. Si los hubiera recibido personalmente, seguro que entre tanta pregunta, alguna respuesta me delataba, pero la justicia no permitía visitas, sólo las esenciales y de tarde en tarde. El pueblo no habló de otra cosa, mi familia casi no salía a la calle, sé que pasaron momentos durísimos. Un temor colectivo se adueñó de la zona, los candados de las tranqueras y las llaves de los portales, estuvieron más cerrados que nunca. Se dijo que las armerías se quedaron sin existencias. Por las noches se oían estampidos disuasorios ante el menor ruido.

Faltó dinero para todo, incluso para mi defensa. Me asignaron el abogado de oficio, el doctor Larraín. El papelerío avanzaba con pereza y yo seguía detenido. Llegamos a marzo de 1923. El encierro y la soledad potencian pensamientos que, a fuerza de retorcerlos, se encaminan en una misma dirección. Llegué a convencerme de que lo hecho fue justo, una venganza digna de un irlandés que se precie y que no se deja quitar sus heredades. Me propuse defender con garra salvaje mi inocencia, a costa de lo que fuere: la notoriedad social, los contactos, mi pertrechada fe, alguna amenaza solapada, nombrando a Dios y a los jueces a troche y moche, buscando una grieta que pudiera quebrantar los cargos.

Celebraron el juicio en el Sport Club de Azul, porque se necesitó espacio para albergar a tanto curioso mal pensado. El estrado era imponente, no sé de dónde sacaron esos vetustos muebles, amargos como la ocasión. No alcanzaron las sillas, por más que recolectaron y hasta los mismos espectadores trajeron de sus casas. El otoño se anticipó y hacía frío, pero creo que sólo yo lo noté. El fervor caldeaba el ambiente con un tufo de ansiedad. Una interpelación tan feroz, que disipó buena parte de mi calculada defensa. Salió a relucir todo. Que jugaba, que me empeñé y fundí, que mis hermanos me compraron el campo, que quise estafarlos y envenenarlos, que todas los perdigones eran de mi rifle, que de ninguna manera se lo podría haber quitado al peón para después matarlo. Sin embargo, la bala de plata fue el testimonio de las niñas que encerré en lugar de asesinarlas. A esa edad no iban a inventar nada, me reconocieron que fui el de los disparos de esa noche y sonó verdadero.

Si la policía no se esforzaba, la gente me hubiera linchado. Después de leer lo de las nenas, un vocerío retumbante creció y creció. Varios se levantaron, amagaban llegar hasta mí. Un odio ancestral me hizo mirarlos desafiante, sentirme en peligro removió mi pasión por el desquite. Hubo empujones, insultos, las cachiporras lastimaron varias cabezas y pudieron detener el exceso. Me sacaron a los tirones y rodeado hasta el ahogo, pero gritando mi inocencia. El veredicto fue: culpable.

Larraín me trajo los periódicos, que imprimieron los pormenores del juicio hasta el hartazgo. No faltaron las caricaturas, los grotescos, me llamaron con los apodos más denigrantes. Había derramado sangre Banks y ahora derramaba el mayor de los vituperios sobre la honra del apellido que quise amparar. Confesé al fin mi culpa, pero me retracté casi al instante, en abril de 1923. No podía derrumbar la lucha emprendida. Alegué torturas, apremios a mi familia. Después de limpiar mis anteojos y señalando el crucifijo, vociferé mi único deseo ¡justicia! El abogado señaló vicios forzosos en el proceso y fue declarado nulo. Caso contrario, me penarían con reclusión perpetua. Se trasladó el juicio a La Plata, la capital provincial.

Antonio Palacios Zinny, con su fama de abogado invicto, se convirtió en mi esperanza. No podía pagarle, pero rédito y laureles de miles de seguidores del juicio, le alcanzaban. El prestigio puede pesar tanto como una fortuna. De todas maneras, la estrategia defensiva me dejó atónito. Palacios Zinny aseguró que la única salida era mostrar un arrepentimiento brutal. Debía tragar durante el juicio, en público, entre aspavientos, una pastilla de cianuro, no mortal, que el mismo abogado me entregó. Así, sacudiríamos el alma de los presentes, con una decisión fatídica que haría olvidar mis crueldades. Alguien escribió después, que Palacios vendió por cuantiosa suma, la primicia de mi presunto suicidio de absolución. Tal vez fue cierto.

Ya en el pleno proceso judicial, me reconcomió el titubeo y no pude tomar nada. Las señas imperiosas y exasperadas del abogado, no vencieron mi terror al veneno ¿cómo saber que no me engañaba?, ¿cómo saber que la dosis no era mortal? Si yo moría, ¿quién iba a reclamar? Fracasó la estrategia. Me condenaron a cadena perpetua. En 1924 me llevaron a la prisión de Ushuaia, depósito de irredimibles en el fin del mapa, al sur del mundo. Había perdido todo, sólo era un ser vivo.

Asesinos como yo, comprendemos enseguida los códigos de convivir entre pares. Ninguno dudaríamos en matar al otro, el tenso equilibrio entre presos era así posible. Hasta tan lejos llegaron periodistas, como ya no quedaba nada por perder, pude recibirlos y contarles la verdad, asumiendo mi error. Hice alardes de cultura, de mi prosapia y sorprendí a muchos con mis modales y conducta intachables. Sumaba también mi continua práctica espiritual, rezos privados, plegarias sonoras, rituales de agradecimiento y redención. Me hice famoso por el pasado y por el

presente. El director del penal prestaba su despacho, cuando alguna entrevista suponía cierta publicidad importante.

Debo reconocer que de los dientes para afuera era una cosa, pero mi interior, otra. Pesadillas, voces nocturnas, llantos de dolor, acompañaron las noches. Cada vez con más frecuencia. Un insomnio poblado de reclamos moribundos, minaban el descanso. A pesar del frío ponzoñoso de la prisión, me invadían sudores raros.

Los presos cortábamos árboles para las estufas a leña. Cada hachazo que daba, repercutía como aquellos disparos a la carne familiar. La mala conciencia penetró los resquicios más profundos. Ya no supe si dormido o en vigilia, pero mis muertos me hablaban, me mostraban su dedo de censura. Al peinarme, creía tocar el cabello pelirrojo de mis sobrinas y huía espantado del trozo de vidrio que hacía de espejo. Cualquier pequeña herida, una escueta gota de sangre, me hacían gritar de horror. Loco por dentro y cuerdo por fuera. Un prisionero anarquista, sabiendo el poder de la letra, me sugirió que escribiera. El jefe del penal me suministraba las hojas, que después guardaba celosamente en la caja de seguridad. Emborroneé más de mil páginas, que nunca supe qué se hicieron.

Pasaron los años, en 1949 me liberaron. Volví a Azul, creyéndome olvidado. Nada de eso. El pueblo me repudió. Escuché por radio los tangos que mis crímenes inspiraron, uno de ellos se llama 'Don Maté 8', comprendí lo hondo del rencor local. Huí a Buenos Aires, oculto, temeroso, viejo y abandonado.

Una pensión creyó la historia de futuros cobros y me dio alojamiento sin cobrar por unos días. Si en la cárcel los gritos de mis difuntos me escoltaban, aquí en libertad me saturaron. Tomé toalla, jabón, un pequeño tesoro guardado y fui al baño compartido. Me desnudé, abrí el agua, dejé crecer la espuma en el piso y engullí la pastilla de cianuro, que ahora sí, era mi última esperanza de libertad. Creyeron que mi muerte fue a causa de un simple resbalón.

Fuentes:

[https://es.wikipedia.org/wiki/Mateo\\_Banks](https://es.wikipedia.org/wiki/Mateo_Banks).

“Ocho ataúdes para Mateo Banks” - DOMINGO 29 DE ENERO DE 2006 -

En <http://www.lanacion.com.ar/775177-ocho-ataudes-para-mateo-banksdía>. Por Álvaro Abós.

Este crimen motivó un circuito turístico en la localidad de Azul. Se

recorren las estancias y la casa de Banks en la ciudad.